



Parroquia Sagrado Corazón de Jesús (san Diego)
Cartagena
RECURSOS LITÚRGICOS



Domingo XVIII del tiempo ordinario Ciclo A

Monición de entrada

Nuestras celebraciones litúrgicas están íntimamente vinculadas a la vida. No podemos vivir en la dicotomía entre unas celebraciones bellamente cuidadas y una vida sin compasión. Como tampoco podemos vivir dándonos a los demás como si todo dependiera de nosotros sin nada que celebrar o conmemorar. Unamos en esta celebración la fe con el compromiso de vida para que esta Eucaristía sea al mismo tiempo culmen y fuente de nuestra vida espiritual.

Monición a las lecturas

El profeta Isaías nos hace un llamamiento a vivir en la gratuidad, invitándonos a acercarnos sin miedo al Dios de la vida que no escatima nada para sus hijos. Con el descubrimiento de este Dios con nosotros, nada hemos de temer, ni tan siquiera las peores calamidades, porque nuestro tesoro es el Señor. Tendremos confirmación de este tesoro cuando seamos capaces de darle a Dios todo lo que tenemos, representado en los cinco panes y los dos peces del Evangelio que escucharemos. A través de este milagro, descubramos que las raíces de la justicia divina están en la generosidad y en la gratuidad con la que hemos de dar lo que tenemos, y aún darnos nosotros mismos tal y como somos.

LECTURAS

1ª Lectura

Lectura del profeta Isaías (55,1-3)

Así dice el Señor: "Oíd, sedientos todos, acudid por agua, también los que no tenéis dinero: venid, comprad trigo, comed sin pagar vino y leche de balde. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta, y el salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Inclínad el oído, venid a mí: escuchadme, y viviréis. Sellaré con vosotros alianza perpetua, la promesa que aseguré a David."

Palabra de Dios

Salmo responsorial: 144

Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores.

Abres tú la mano, Señor y nos sacias de favores.

El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad;
el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas. **R.**

Los ojos de todos te están aguardando,
tú les das la comida a su tiempo;
abres tú la mano, y sacias de favores a todo viviente. **R.**

El Señor es justo en todos sus caminos,
es bondadoso en todas sus acciones;
cerca está el Señor de los que lo invocan,
de los que lo invocan sinceramente. **R.**

Lectura de la carta a los Romanos (8,35.37-39)

Hermanos: ¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?: ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Pero en todo esto vencemos fácilmente por aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Palabra de Dios

EVANGELIO

Mateo 14,13-21

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de la muerte de Juan, el Bautista, se marchó de allí en barca, a un sitio tranquilo y apartado. Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos. Al desembarcar, vio Jesús el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos. Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle: "Estamos en despoblado y es muy tarde, despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer." Jesús les replicó: "No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer." Ellos le replicaron: "Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces." Les dijo: "Traédmelos." Mandó a la gente que se recostara en la hierba y, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras. Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

ORACIÓN DE LOS FIELES (peticiones)

1. Ayúdanos, Señor, a no separar la liturgia de la vida, para que ningún culto se torne en un acto falso. ROGUEMOS AL SEÑOR.
2. Que acertemos en los lenguajes de la fe para que podamos llegar al corazón de los que no te conocen. ROGUEMOS AL SEÑOR.
3. Ayúdanos a dar lo mejor de nosotros mismos con espíritu generoso, de manera que con tu gracia y nuestro esfuerzo construyamos una sociedad más justa en la que a nadie le falta lo necesario para una vida digna. ROGUEMOS AL SEÑOR.
4. Haz que descubramos la gratuidad que mana de tu divina generosidad, para que también nosotros sepamos dar gratis lo que de ti hemos recibido gratis. ROGUEMOS AL SEÑOR.
5. Ayúdanos a vivir sin miedo a perder las cosas de este mundo, descubriendo en tu amor el verdadero tesoro que no ayuda a superar cualquier adversidad. ROGUEMOS AL SEÑOR.

ACCIÓN DE GRACIAS.

Con cinco panes y dos peces
se sacia el hambre
de los hombres que esperan.

Famélicos pies descalzos
rasgan la tierra herida;
buscan palabras ciertas
para gritar sus ruegos
sin miedo a quebrantar
la sagrada intimidad de los profetas.

Mientras unos elevan
plegarias al cielo,
otros extienden sus manos huérfanas
como espigas mendicantes
nacidas en tierra reseca,
trepando hacia un cielo abierto
en espera de la lluvia cierta.

Así recibimos los dones
que hay que devolver, prestos,
para que nuestra tímida carne
se torne en el pan de cada día
y los estanques sin vida crezcan
hasta tornarse océanos de pureza,
llenándose de peces que se abrazan
a las redes temblorosas de la pesca.

De esta manera,
con cinco panes y dos peces
se sacia el hambre
y la humanidad se renueva.

HOMILÍA

Dicen que las cosas buenas siempre son caras, pero que lo mejor de lo mejor siempre es gratuito: la amistad, el beso de una madre, el abrazo del amigo, el aire, la luz, el mar, la belleza de la naturaleza... etc. ¿Por qué invertimos tantas energías y tanto esfuerzo en conseguir cosas que en el fondo nunca terminan de hartarnos? Si examinamos nuestra vida cotidiana nos daremos cuenta que la mayoría de nuestros quebraderos de cabeza vienen provocados por cosas que realmente no nos hacen felices; no es que sean cosas malas, al contrario, son buenas, pero por ello mismo también son caras, difíciles de adquirir y de mantener. Para más inri, además de caras, las cosas buenas nos exigen una cantidad de energía y un esfuerzo tal que terminan por robarnos el tiempo, la energía y, a veces, hasta la alegría. ¿Merece realmente la pena tanto esfuerzo para lograr tal o cual deseo? ¿No estaremos derrochando lo mejor de nuestras vidas en algo que no es un verdadero tesoro? ¿No estaremos confundiendo lo bueno con lo mejor?

Isaías nos hace una invitación absolutamente revolucionaria en los tiempos que vivimos, en donde todo tiene un precio; Somos convocados a beber y comer de balde, a disfrutar de los dones gratuitos de la vida que Dios nos da sin poner condiciones, porque el amor, cuando es amor de verdad, siempre es incondicional. Hoy día pagamos por todo: la cuota del teléfono móvil del que nos hacemos esclavos, la tarifa de internet sin el que nos sentiríamos desconectados del mundo, la factura de la luz con la que alimentamos las pantallas de nuestros televisores... vivimos en un mundo virtual, traicionados por nuestros anhelos y condenados a nadar en un pozo de soledad, sufrimiento y quebraderos de cabeza sin que sepamos salir de él. ¿Nos pasaría lo mismo si invirtiéramos la vida en la lucha por la justicia, por construir la paz, por promover un ecologismo que honre a Dios a través del mundo o simplemente por sembrar caridad en nuestras relaciones? Todas estas cosas son gratis, pero nos ayudan a vivir en la realidad y, sobre todo, nos proponen unos sueños y anhelos que lejos de generar tensión o ansiedad, nos ayudan a vivir en la esperanza y en la alegría.

La gente que seguía a Jesús comprendía muy bien que éste era el camino. En el evangelio vemos a una masa anónima, inoportuna y poco respetuosa con la tristeza y la privacidad de Jesús tras la muerte de Juan Bautista. A la gente que seguía a Jesús no le importaba ser inoportuna; el pobre y necesitado suele serlo; no teme molestar; de alguna forma los pobres se han acostumbrado a ser molestos porque deben serlo para sobrevivir. Por otro lado, quien conoce a Jesús sabe que es alguien que nunca rechaza a nadie; su compasión y misericordia están siempre supeditadas a sus propias necesidades. Jesús no vive para sí, sino para Dios a través de sus criaturas.

Jesús no da nada que no sea gratis, que no sea él mismo; Jesús vive absolutamente “extasiado”, es decir, fuera de sí mismo, expuesto al mundo al que ha sido enviado; su centro es el Padre y el Reino, no él y, por ello mismo el acceso a Cristo siempre es gratuito, incondicionado y fácil, como el acceso a cualquier pobre, como el acceso al verdadero amigo, a la madre o al padre que viven para sus hijos.

Jesús se da a sí mismo y pide que no despidan a la gente. En el “dadles vosotros de comer” hay una invitación a hacer propio todo acto de caridad. La caridad no consiste en algo externo al corazón, sino en algo íntimo. El que ama no da nada que no sea a sí mismo. En los insignificantes cinco panes y dos peces hay mucho alimento porque está el corazón y la vida de aquellos que los ofrecen. No son ofrendas “en pago” por nada. sino el símbolo y la prolongación de la donación de la propia vida y del propio ser.

Siempre se ha visto en el “milagro” de la multiplicación de los panes y los peces una vinculación con la Eucaristía, porque la Eucaristía no puede ser reducida a un acto litúrgico al margen de la vida. Caridad y liturgia, justicia y culto deberían ser caras de la misma moneda; separarlas es convertir la religión en hipocresía; de ahí la importancia que tiene entender cualquier actividad social como parte de la vida de fe, no sólo como un compromiso social aislado de la totalidad de nuestra vida y mucho menos motivado por una ideología y no por una experiencia de fe. Cristo cura y alimenta al mismo tiempo, sin que sea posible en su persona diferenciar lo uno de lo otro.

Los panes y los peces son ofrecidos por el pueblo, pero sólo tras pasar por las manos de Cristo. Es decir, únicamente ofrecidos como prolongación de su propio cuerpo y de su propia sangre pueden llegar a saciar el hambre y la sed de las multitudes necesitadas. Debemos poner en las manos de Cristo nuestros peces y nuestros panes para que Él los multiplique en las nuestras y de esta manera poder saciar tanta sed de justicia y de paz, tanta hambre de caridad y de esperanza. Nada nos puede separar de este Cristo que se da a sí mismo. Nada puede quebrantar esta donación eterna que se hace presente en cada Eucaristía que nos impulsa al amor fraterno, especialmente cuando se orienta a los más pobres, o a cada acto de caridad y de justicia social que nos mueve a celebrar la vida en comunidad con el maravilloso sacramento de la Eucaristía.